

# **Ignacio y el tesoro de las Indias**

Institut Saint-Lô

Terminale Blanche

A comienzos del siglo XVIII, España es uno de los imperios más grandes del mundo. Su poder se extiende por Europa, América y partes de Asia. Desde Madrid, el rey gobierna territorios tan vastos que el sol nunca se pone sobre ellos. En América, España controla enormes territorios llamados las Indias occidentales españolas. Estos territorios abarcan desde México hasta el Río de la Plata, pasando por el Caribe y las costas del Pacífico. Estos territorios producen grandes riquezas que alimentan el reino y sostienen su ejército. Sin el oro americano, el imperio se derrumbaría como un castillo de naipes.

El oro y la plata llegan desde las minas. El azúcar y el cacao se cultivan en grandes plantaciones. Todo este comercio pasa por los puertos coloniales antes de cruzar el océano Atlántico. Sin estas riquezas, España no puede sobrevivir. Los galeones cargan toneladas de metales preciosos cada mes. Las arcas reales dependen completamente de este flujo constante de riquezas.

Cada retraso significa deudas impagadas, soldados sin paga y revueltas en las provincias. Pero esta época no es una época de paz. Europa está en guerra. Tras la muerte del rey Carlos II, comienza la guerra de Sucesión de España. Muchos países quieren controlar el trono español. Felipe V es proclamado rey, pero Inglaterra, Austria y otros reinos no aceptan su poder. Las alianzas cambian constantemente. Las batallas devastan campos enteros. Miles de hombres mueren cada mes en nombre de dinastías y coronas.

En el mar, la guerra es constante. Los barcos enemigos atacan los convoyes españoles. Cada viaje es una apuesta contra la muerte. Los corsarios ingleses y holandeses esperan en cada ruta comercial. Conocen los calendarios de salida. Saben dónde son más vulnerables los convoyes españoles.

La ciudad de La Habana es uno de los puertos más importantes del imperio. Es una ciudad llena de ruidos, olores y movimientos. Desde la mañana hasta la noche, los muelles están llenos de actividad. Los comerciantes discuten precios. Los marineros cargan cajas pesadas. Los soldados vigilan las entradas del puerto. El aire huele a sal, a madera húmeda y a especias exóticas. Las gaviotas giran sobre los barcos. Los vendedores ambulantes ofrecen frutas tropicales y agua fresca. Las tabernas nunca cierran. Siempre hay marineros bebiendo, jugando a los dados o contando historias exageradas de tempestades y batallas. Ignacio Villalonga vive allí desde hace muchos años. Conoce cada calle, cada taberna y cada muelle. Es un hombre de mediana edad, con el rostro marcado por el sol y el cansancio. Sus manos están llenas de cicatrices, recuerdos de una vida en el mar. Camina con una leve cojera, herencia de un combate contra piratas años atrás. Su mirada es penetrante pero cansada. Ya no sonríe como antes.

Ignacio no nació rico. De joven, era pobre y sin futuro. Se embarcó por primera vez para escapar del hambre. En el mar aprendió a obedecer, a resistir y a callar. Poco a poco, subió de rango. Aprendió a negociar, a leer mapas y a calcular riesgos. Ganó la confianza de sus

superiores gracias a su valentía y su prudencia. Nunca perdió un cargamento. Nunca traicionó un secreto. Su reputación creció hasta llegar a oídos de la Corona.

Con el tiempo, consiguió su propio barco: \*La Santa Estrella\*. Este barco se convirtió en su hogar, pero también en su prisión. Ignacio pasó más tiempo en el mar que en tierra. Conoce cada viga, cada cuerda y cada rincón de su embarcación. Puede identificar cualquier ruido extraño. Sabe cuándo el viento va a cambiar con solo observar el cielo.

Aunque es respetado, Ignacio ya no es feliz. La guerra lo ha transformado. Cada viaje le parece más peligroso. Cada cargamento le recuerda que muchas personas morirán por ese oro. Ha visto demasiados cadáveres flotando en el agua. Ha escuchado demasiados gritos de agonía. Ha perdido demasiados amigos en combates absurdos.

Por las noches, Ignacio sueña con combates, con fuego y con gritos. Se despierta sudando. Sabe que algo dentro de él ha cambiado. Ya no cree en la gloria ni en el honor. Solo ve muerte y destrucción. A veces se pregunta para qué sirve todo esto. ¿Para enriquecer a nobles que nunca han pisado un barco? ¿Para alimentar una guerra que no tiene fin?

Un día, recibe una orden directa de la Corona. Debe transportar un tesoro excepcional hasta España. La carga está destinada al rey Felipe V. El tesoro es enorme y muy valioso. Los rumores hablan de cientos de miles de pesos en oro y plata. Hay esmeraldas del tamaño de huevos. Hay perlas perfectas extraídas de las costas de Venezuela. Este tesoro podría financiar la guerra durante años.

Ignacio comprende que esta misión es diferente. Es más peligrosa que todas las anteriores. También sabe que no puede rechazarla. Aceptar significa arriesgar su vida y la de su tripulación. Los enemigos harán todo lo posible por capturar este tesoro.

Esa noche, camina solo por el puerto. Observa los barcos, el mar oscuro y las luces lejanas. Piensa en la guerra, en los muertos y en su propia vida. Entonces, una idea peligrosa nace en su mente: ¿y si el tesoro no llegara al rey? ¿Y si desapareciera simplemente? Sin ese oro, la guerra perdería fuerza. Quizás habría paz. Quizás dejarían de morir tantos hombres. No es una idea de avaricia. Es una idea de desesperación. Ignacio no quiere el oro para sí mismo. Lo que quiere es terminar con el sufrimiento.

El tesoro es cargado cuidadosamente. Los cofres están llenos de oro, plata y joyas. Ignacio los supervisa todos. Los pesa, los cuenta y los anota. Cada cofre está marcado con el sello real. Los guardias vigilan día y noche. Nadie puede acercarse sin autorización. La operación tarda tres días completos. Los funcionarios reales registran cada moneda. Los escribanos llenan páginas enteras con inventarios detallados. Hay lingotes de oro puro de las minas de Potosí. Hay cadenas de plata trabajadas por artesanos indígenas. Las joyas brillan bajo sol caribeño. Ignacio observa todo con una mezcla de fascinación y repulsión. Toda esta riqueza ha costado innumerables vidas.

La escolta militar está formada por dos barcos. Don Alonso de Herrera dirige un gran galeón armado con muchos cañones. Es un hombre orgulloso a la Corona. Lleva décadas sirviendo al rey. Don Rodrigo Velasco comanda una fragata más pequeña, pero rápida. Es un capitán inteligente y silencioso. Habla poco pero observa mucho. Su tripulación lo respeta profundamente.

Ignacio observa a Don Rodrigo con atención. Percibe en él la misma fatiga. Poco a poco, empiezan a hablar. Al principio, solo hablan de la guerra y del mar. Más tarde, hablan de la inutilidad del conflicto. Don Rodrigo confiesa que está cansado de matar. Ignacio comparte sus dudas. Ambos comprenden que piensan igual. Ambos sueñan con el fin de la guerra. El convoy sale de La Habana al amanecer. La ciudad desaparece lentamente en el horizonte. El viaje es largo. Durante semanas, el mar parece infinito. El sol brilla intensamente durante el día. Las noches son oscuras y frías. Las estrellas guían el camino. Las tormentas golpean los barcos con violencia. El viento rompe velas. El agua entra en las bodegas. Los marineros trabajan día y noche. Algunos enferman. Otros mueren y son lanzados al mar sin ceremonia. El escorbuto ataca a varios hombres. Las provisiones de agua fresca se contaminan. El pan se llena de moho. Cada día es una lucha por sobrevivir. Ignacio comparte la dureza del viaje. Ayuda, escucha y observa. En secreto, empieza a preparar su traición. Habla discretamente con Don Rodrigo. Juntos diseñan un plan arriesgado. Seleccionan a los hombres de confianza. Nadie puede saber nada hasta el último momento.

Durante una noche sin luna, parte del tesoro es trasladado en silencio. Con la ayuda de Don Rodrigo y de algunos hombres de confianza, los cofres reales son sustituidos por otros llenos de piedras y arena. El trabajo es lento y peligroso. Un solo ruido podría arruinarlo todo. Los hombres sudan a pesar del frío. Sus manos tiemblan. Saben que están jugando con sus vidas.

El verdadero oro es escondido en un lugar secreto, lejos de la ruta principal. Ignacio sabe que, si el plan falla, será ejecutado como traidor. Su nombre será maldecido. Su familia sufrirá la deshonra. Pero está dispuesto a correr ese riesgo.

Cuando Europa aparece, la tensión es máxima. Todos saben que los ingleses patrullan la zona de Vigo. Los cañones están listos. Los hombres duermen armados. Las guardias se duplican. Nadie baja la vigilancia ni un segundo.

Ignacio siente miedo, pero también una extraña calma. El destino está cerca. Ha tomado su decisión. No hay vuelta atrás. Solo queda esperar el resultado.

Una mañana, las velas enemigas aparecen. Son barcos ingleses, rápidos y bien armados. La alarma suena. Los tambores llaman a combate. Los hombres corren a sus puestos. El miedo se mezcla con la adrenalina.

El primer disparo rompe el silencio. El combate estalla. Los cañones disparan sin parar. El ruido es ensordecedor. El humo cubre el mar. Las balas silban por el aire. La madera explota en astillas. Los gritos llenan el horizonte.

El galeón de Don Alonso recibe impactos directos. Su casco tiembla. Los hombres corren. Algunos caen heridos. La sangre corre por la cubierta. Los cirujanos trabajan sin descanso. El olor a pólvora y sangre es insoportable.

Los ingleses intentan rodear el convoy. La fragata de Don Rodrigo ataca por sorpresa. Se mueve rápido, dispara y desaparece entre el humo. Sus cañones son precisos. Cada disparo cuenta. Los ingleses no esperaban tanta resistencia.

Hay abordajes. El combate es brutal. Espadas, cuchillos y gritos llenan el aire. Ignacio lucha por sobrevivir. Ve morir a amigos. Siente el miedo en cada respiración. Un inglés intenta matarlo pero falla. Ignacio lo desarma y lo empuja al agua.

El combate dura horas interminables. El mar está lleno de restos y cuerpos. El sol quema la piel. El cansancio es extremo. Los hombres ya no pueden levantar las armas. Solo el instinto de supervivencia los mantiene luchando.

Ignacio dirige la atención enemiga hacia \*La Santa Estrella\*. Los ingleses creen que allí está el tesoro completo. Atacan con furia. Concentran todo su fuego en ese barco. Es exactamente lo que Ignacio esperaba.

En el momento decisivo, Don Rodrigo lanza un ataque final. Los ingleses, agotados y dañados, se retiran. Han perdido demasiados hombres. Sus barcos están destruidos. No pueden continuar. El convoy español ha resistido.

El convoy entra en Vigo. Los supervivientes son recibidos como héroes. Las campanas suenan. La gente aplaude. Pero pronto, se descubre la verdad. Parte del tesoro ha desaparecido. Los cofres están llenos de piedras. El rey ha sido engañado.

Ignacio confiesa. No huye. Explica que lo hizo para detener la guerra. Don Rodrigo ha desaparecido. El tesoro nunca es recuperado. Nadie sabe dónde está oculto. Algunos dicen que está en una isla desierta. Otros creen que se hundió con el barco de Don Rodrigo.

Ignacio es encarcelado. Muere años después, en silencio. Nunca revela la ubicación del tesoro. Nunca se arrepiente. En su celda, piensa en todos los hombres que ya no morirán en combate. Algunos lo visitan y lo insultan. Otros lo consideran un héroe secreto. Los historiadores debaten sobre sus motivaciones. En sus últimos días, Ignacio escribe cartas que nunca envía. Habla de sus sueños de paz. Cuando cierra los ojos por última vez, una sonrisa cruza su rostro. Sabe que su sacrificio no fue en vano.

Pero su traición cambia la historia. La guerra pierde fuerza. Sin ese tesoro masivo, Felipe V debe negociar. Los tratados de paz se firman antes de lo esperado. Miles de soldados regresan a casa. Las familias se reúnen. Los campos vuelven a ser cultivados. Y en algún lugar oculto, el tesoro de las Indias descansa para siempre, como símbolo de una rebelión

contra la guerra. Algunos marineros cuentan historias sobre una isla misteriosa donde el oro brilla bajo la luna. La leyenda crece con cada generación. Pero nadie encuentra nunca el tesoro perdido de Ignacio Villalonga.